

cartilla
#3

ASÍ CRECIMOS



escuela virtual
**HISTORIAS EN
YO MAYOR**

Organizan



En alianza con

EL TIEMPO

DESARROLLO

de la guía



Hola, soy Aura. Acompáñame para que continuemos este emocionante viaje a través de tu propia creatividad.

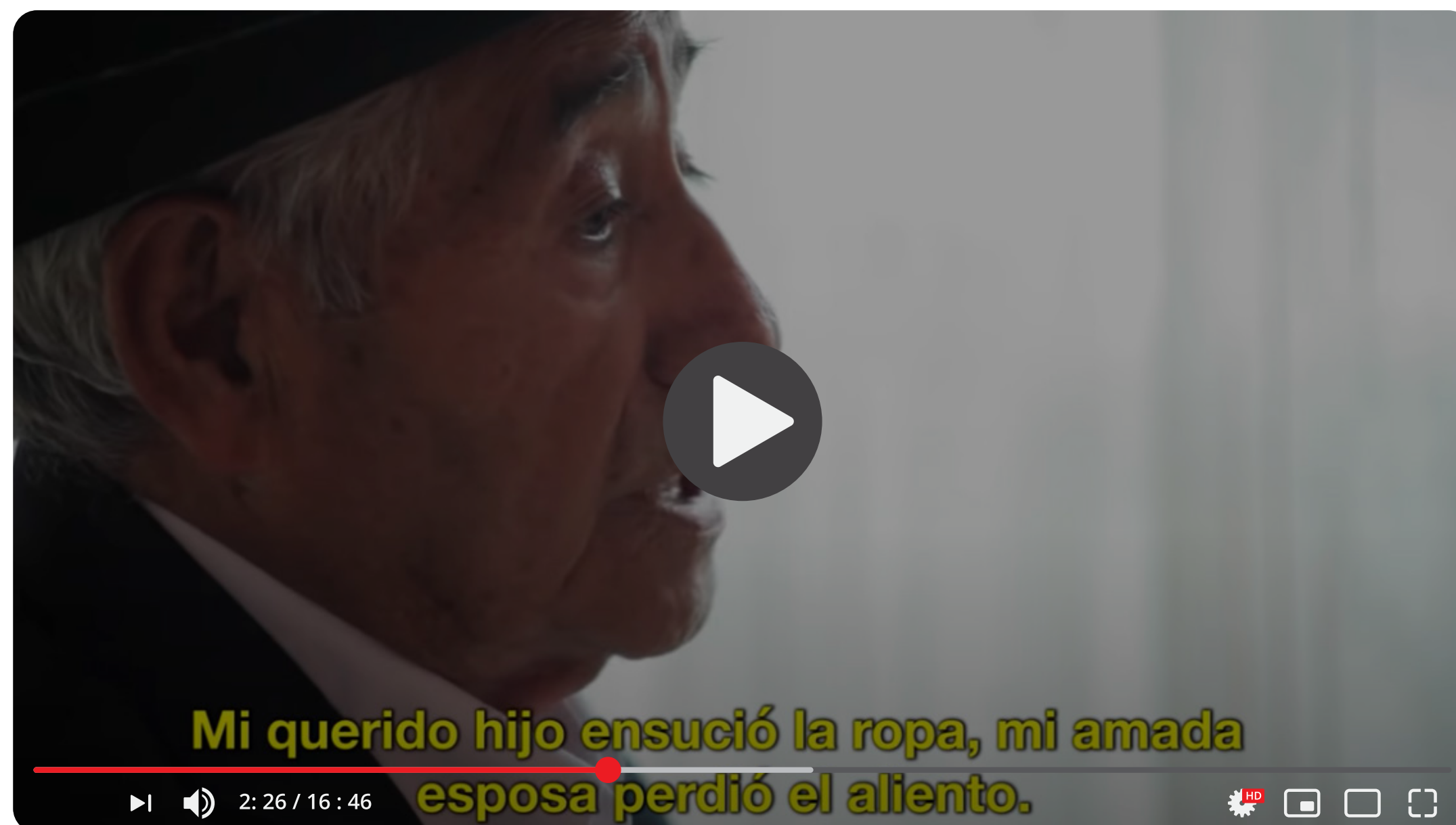
Esta tercera semana podremos evocar montones de historias de **cuando éramos niños**. Algunas tendrán que ver con las pilatunas que hacíamos solos o en complicidad con nuestros familiares y amigos; otras hablarán de personas que marcaron nuestras vidas o nos remontan a sucesos que preferiríamos olvidar. La memoria es una canal que nos permite ir y venir de nuestros recuerdos.

A continuación encontrarás una recopilación de cuentos, videos, tips y ejercicios para que puedas poner a volar tu imaginación.

➤ A muchos, cuando niños, les tocó aprender cosas de memoria. Recitaban, casi al pie de la letra, el catecismo del Padre Astete o declamaban las coplas, adivinanzas y poemas que les enseñaban sus padres y profesores. Muchas de ellas permanecen guardadas a la espera de volver a ser contadas. Simón Muñoz Núñez, por ejemplo, a sus 91 años, nos comparte un poema sobre la Guerra de los Mil Días que aprendió de su abuelo cuando apenas tenía 8 años. [Haz click en la imagen para ver el video.](#)

1 video Poema del abuelo

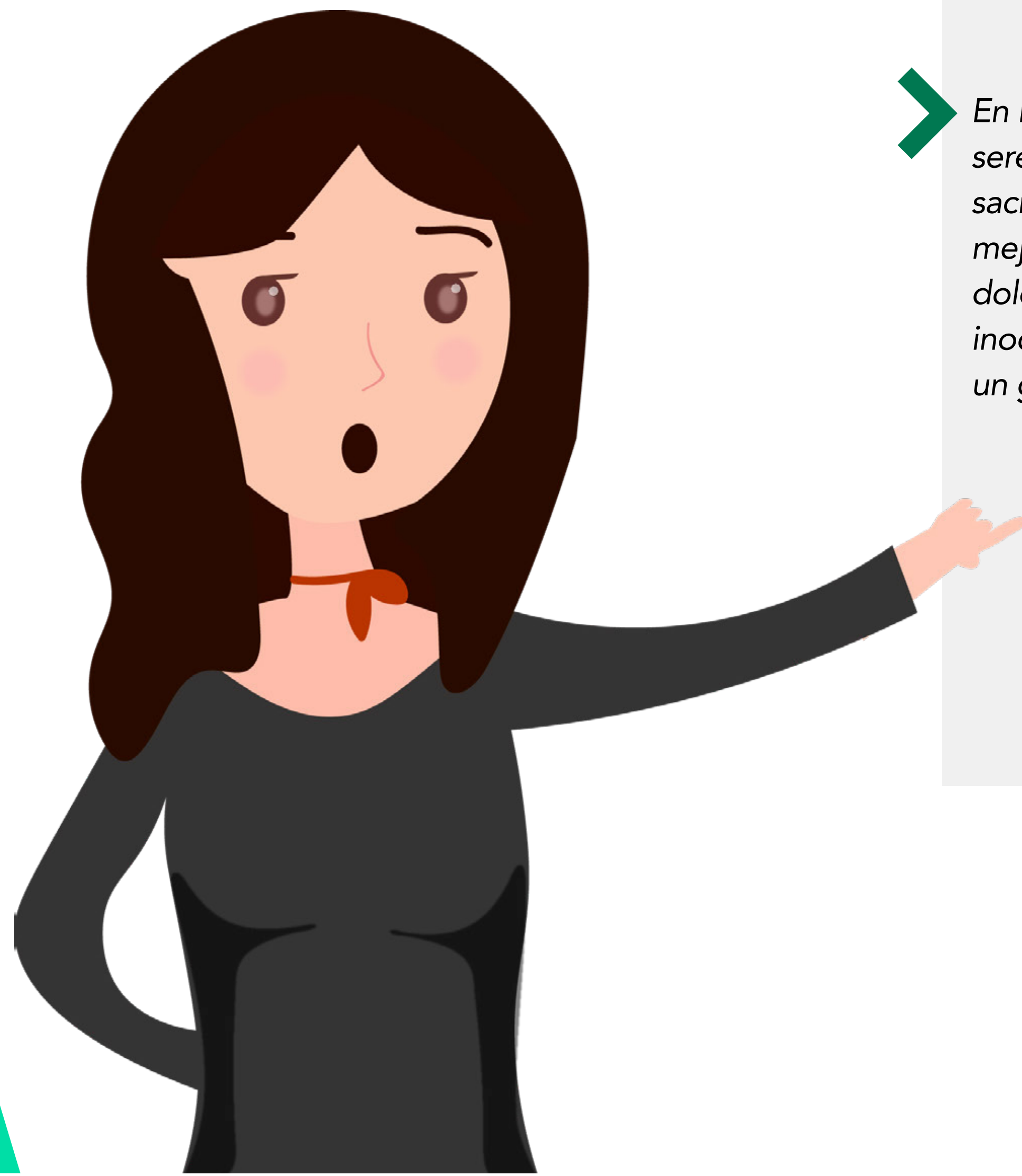
por Simón Muñoz Núñez



Tras la guerra de los Mil Días, el abuelo de Simón Muñoz Núñez le enseñó un poema cuando él apenas tenía 8 años y que aún recuerda.

¿Qué aprendiste de las personas que te criaron?





En nuestra memoria también permanece la sabiduría de nuestros seres queridos, con frecuencia evocamos esas enseñanzas y sacrificios que, de una u otra manera, nos ayudaron a entender mejor la vida. Esto es lo que le sucede al niño del cuento ¿con dolor o sin dolor?, de Daniel Báez, quien recuerda, desde la inocencia de la infancia, una ocasión en la que su padre soportó un gran dolor para evitar el hambre de su familia.

1 cuento

¿Con dolor o sin dolor?

por Daniel Báez Sarria

Mi papá le dijo un sábado a mamá:

—Vista el niño que lo voy a llevar al centro.

Escuchar eso era para mí de lo más emocionante, ya que implicaba ponerme la ropa que me habían comprado hacía ya varios meses y los zapatos de cuero. Esas eran prendas que solo teníamos para fin de semana o alguna ocasión especial, y además mi papá me peinaría con esa “mota” que tanto me gustaba y que él acondicionaba con un producto de su uso personal: la brillantina, un líquido algo viscoso de un agradable olor. Yo sentía que papá experimentaba un cierto orgullo al tomarme de la mano y caminar juntos por diferentes sitios del barrio o la ciudad. Quizá por eso se esmeraba tanto en arreglarme y acicalarme y yo feliz de acompañarle. Papá escondía tras su voz fuerte y autoritaria y su disciplina exigente, una ternura inigualable que disimulaba, pues la época y sus costumbres no recomendaban demasiado las expresiones de ternura en los hombres. Salimos a esperar el bus que pasaba a muchas calles de distancia.



Al hacer su aparición y detenerse junto a nosotros, una nube de polvo nos abrazó y yo sentí que casi todo se quedaba pegado a mi pelo, aunque papá me cubría con su cuerpo. Durante varios minutos recorrimos calles y calles de mi ciudad, que se presentaba, a mis ojos, inmensa, con muchos sitios para descubrir. Llegamos a una calle céntrica, nos bajamos y empezamos a caminar.

Pregunté: —¿A dónde vamos papá?

—Vamos a un sitio que le va a gustar, ¡espere y verá! —me dijo.

Llegamos hasta un parque, junto a una iglesia; en sus alrededores, diferentes personas ofrecían cosas a los transeúntes. Me llamó especialmente la atención un hombre que, a cada momento, metía su cabeza dentro de una bolsa de tela negra, mientras alguna pareja se ubicaba al frente de él y seguía sus instrucciones. Pregunté a papá que qué hacía ese hombre y, entonces, papá me dijo:

—Es un fotógrafo, ahora le pregunto a ver si podemos tomarnos una foto.

La emoción fue indescriptible en mí. Estaba a punto de descubrir un acto mágico que guardaría por siempre en mi memoria y, además, mi papá disipó mis temores al asegurarme que no sentiría dolor alguno. Luego de que el

hombre despachó a sus clientes, papá conversó con él, al parecer negociando el precio de la foto; papá me llamó junto a él, puso su brazo alrededor de mi cuello y me indicó que no me moviera, que solo mostrara una sonrisa. La sonrisa tuve que sostenerla durante bastante rato, hasta que al fin el hombre salió de entre la bolsa negra y dijo:

—¡Listo!

Papá me llevó hasta un banco del parque y me dijo que tendríamos que esperar un rato para que nos entregara la foto. Al cabo de un rato largo y tras ir y venir de su máquina hasta una maleta que tenía sobre unas cajas, el hombre de la fotografía le hizo señas a papá para que se acercara. Mi papá observó la foto detenidamente y sacó alguna plata del bolsillo y se la entregó al hombre; papá se juntó a mí y me enseñó el milagro: ahí estábamos los dos sonrientes, copiados con una exactitud que yo no lograba comprender cómo era posible de realizar si el hombre estaba por lo menos a unos tres metros de nosotros y nunca nos tocó. Papá trató de explicarme un poco, pero, al final, la felicidad de llevar esa foto a casa y mostrarla a todos le quitó toda importancia a la explicación posible del fenómeno. Luego, papá me acercó junto a un hombre que tenía un instrumento que, al manipularlo, producía música y, lo

mejor de todo, era que la contribución que voluntariamente hacían los ciudadanos, la recibía un mono pequeño, encadenado al instrumento musical. Al regresar a nuestra casa, mi mamá y hermanas me preguntaron dónde habíamos estado y yo conté hasta la saciedad la experiencia vivida y mostraba orgulloso la foto. Ante los reclamos de mis hermanas, papá prometió que luego serían ellas las invitadas a ese mismo paseo.

Pasaron muchos días y la oportunidad de volver a aquel parque se presentó aunque en condiciones muy diferentes. Una noche, noté que mi papá tenía muy descompuesto el rostro, reflejaba un malestar tremendo y mamá se esmeraba en la cocina preparando algunas plantas para realizar emplastos e infusiones. Al acostarme, escuché a mi mamá preguntarle a papá si sentía algún alivio; comprendí que papá sufría un tremendo dolor de muela. Al despertar al día siguiente, noté que papá no había ido a trabajar. Mi padre preguntó a mi mamá cuánta plata había y mamá le contestó: —¡Están los diez pesos del mercado!

Qué dolor de muela el del padre del cuento de Daniel Báez, quien por ahorrar dinero se sometió a un procedimiento sin anestesia.

¿Recuerdas algún sacrificio que alguien haya hecho por ti en la niñez?



—Présteme aunque sea cinco, a ver si logro que me saquen esta puta muela ¡porque no aguanto más!
—¿Y a dónde va a ir? —preguntó mamá.
—¡Al Parque Santa Rosa!
—Lleve el niño para que lo acompañe —insinuó mamá.
—¡Bueno, vístalo, pero rápido!

De nuevo la alegría para mí, aunque sentía que papá distaba mucho de estar tan predispuesto como el día aquel de la fotografía. Durante el trayecto en el bus, papá suspiraba ansioso y, al llegar, nos bajamos presurosos. Aunque íbamos a un sitio muy cercano al parque, solo pude vislumbrar de lejos al fotógrafo y al mico con el organillero, pues papá buscó ansioso una pequeña oficina al frente de dicho parque. Al llegar, papá se detuvo a leer un pequeño cartel a la entrada, y arrugó un poco el entrecejo. El hombre que salió a nuestro encuentro tenía puesta una especie de camisa larga y blanca y le preguntó a papá:

—¿Se va a sacar una muela?
—¡Sí, señor! —respondió papá.
—¿Con dolor o sin dolor? —preguntó el hombre.
—¡Pues con dolor! —dijo papá— ¡No me alcanza para más!

Tan difícil de entender como el procedimiento para hacer la foto, me pareció aquello de que para poder tener los dientes en buen estado y comer, ¡había que gastarse casi toda la plata de la comida! Y admiré, tiempo después, más aún a papá, que anteponía nuestro bienestar al suyo y decidía ahorrar, aunque eso significara dolor físico extra para él. Tenía yo la esperanza de que quizá librarse del dolor que le atormentaba, fuera para papá tan mágico, como fue para mí verme repetido en un trozo de papel.



Las travesuras también hacen parte de nuestras anécdotas de infancia. Algunos éramos muy juiciosos, pero otros, un poco más inquietos, aprovechábamos cualquier oportunidad para divertirnos. María del Carmen Rojas es una de ellas; en su relato “Cuentos de juventud” recuerda con picardía cómo, valiéndose únicamente del ingenio y la creatividad, evadía las labores del campo que le ponía su madre, sin importar que el pobre cerdo de la casa tuviera que pagar las consecuencias. [Haz click en la imagen para ver el video.](#)



Cuentos de juventud

por María del Carmen Rojas



María del Carmen evadía el trabajo de la finca haciéndole pilatunas al marrano, hasta que fue descubierta.

¿Qué travesura recuerdas de tu infancia?





Es muy común recordar con cariño los objetos que acompañaron nuestra infancia: desde los carritos que se hacían con tarros y latas, hasta el vestido que se usaba para salir los domingos o el relicario que siempre acompañó a la abuela. Para Oliverio Saldaña las esteras que tejía su nana fueron un recuerdo que lo acompañó toda su vida, tanto así que ya en la adultez pudo cumplir el sueño de tejer la suya para ver las estrellas.

2 cuento

La estera

por Oliverio Eduardo Saldaña Mahecha

La Nana Minga, cuyo verdadero nombre era Dominga de los Remedios Linares, se mecía en su hamaca rezando un rosario, mientras con sus dedos ya gastados por los años tejía una estera.

Sus dedos tenían un color irreconocible causado por los múltiples oficios domésticos realizados a lo largo de su vida. Además de atender y limpiar el corral de gallinas, también aseaba los corredores de la gran casona, lavaba las ropas y otros tantos quehaceres domésticos.

En el poco tiempo libre que le quedaba, se dedicaba a tejer esteras, tal como lo estaba haciendo en ese instante. Se trataba de una estera doble trenzada, elaborada con palma babila o palma rucia, materia prima utilizada en la región para esa disciplina. La Nana era tan eficaz tejiendo sus esteras que las personas que visitaban la casona se quedaban sorprendidas por la forma y belleza de sus trenzados. Cuando vivía con mi abuela, también



se ocupaba de la elaboración de los alimentos diarios de la familia. Durante estas tareas Minga evitaba acercarse a mi abuelo, con quien permanentemente chocaba por la forma dura en la que él trataba a los hijos que ella había criado como si fueran suyos. A pesar de esta lejanía en el trato, ella era la única persona en la casa que se atrevía a alzarle la voz al abuelo; Minga contestaba a sus gritos y regaños, cosa que ni la abuela y mucho menos sus hijos osaban hacer, mi abuelo, por su parte, tomaba jocosamente sus refunfuños. Minga, cuya edad ni ella misma recordaba o no quería recordar, había trabajado toda su vida con mi familia materna. Inicialmente fue con mi abuela Belinda a quien le ayudó a criar ocho hijos, cinco mujeres y tres varones. Mis tíos, tras la muerte del abuelo, se fueron del pueblo huyendo de la violencia política y se llevaron a la abuela, quien murió ya muy anciana en Girardot. Para ese entonces Minga se fue a la casona de mis padres y dedicó el resto de sus años a ayudarlo a mi madre a criarnos a mis hermanos y a mí.

De ella se decía que había nacido en una población cercana a mi pueblo, La Palma, y que por sus fanáticas ideas liberales la habían llevado muchas veces a decirle cuatro verdades a los patriarcas conservadores de mi pueblo. Fueron estas ideas las que le ganaron la estima de mi abuelo paterno, el Capitán Rodolfo Mejía, llamado así por el grado militar que había ganado en la Guerra

de los Mil Días, luchando junto a las fuerzas liberales, comandadas por los Generales Rafael Uribe Uribe, Benjamín Herrera y Justo Leonidas Durán, su Comandante inmediato, junto a quien luchó en los Santanderes, Magdalena Medio y La Guajira. El Capitán Mejía, mi abuelo paterno, se refería a la Nana como una gran luchadora liberal y le llamaba la Coronela.

Cuando llegó a vivir a mi casa, después de la partida de mi abuela, se encariñó mucho conmigo, pues decía que era el primer nieto varón de mi abuela materna, a quien ella veneraba, y que lo único que no le gustaba era que yo llevara el nombre de mi abuelo “ese viejo que yo detestaba” ... Yo era muy cariñoso con ella, quien a su vez me daba a diario las mejores melcochas y almojábanas para llevar de onces a la escuela.

Junto a la Nana Minga, fui aprendiendo a tejer las esteras y a teñir la palmicha, hirviéndolas en agua limpia para que ellas adquirieran un color rojizo, su color preferido, o bañándolas en barro para que se tiñeran de negro, pues según ella, ese color hacía que los alacranes no se enredaran en estas. Antes de morir, me dijo que tejiera una estera para mí, para que en mi vejez me acostara en el patio.

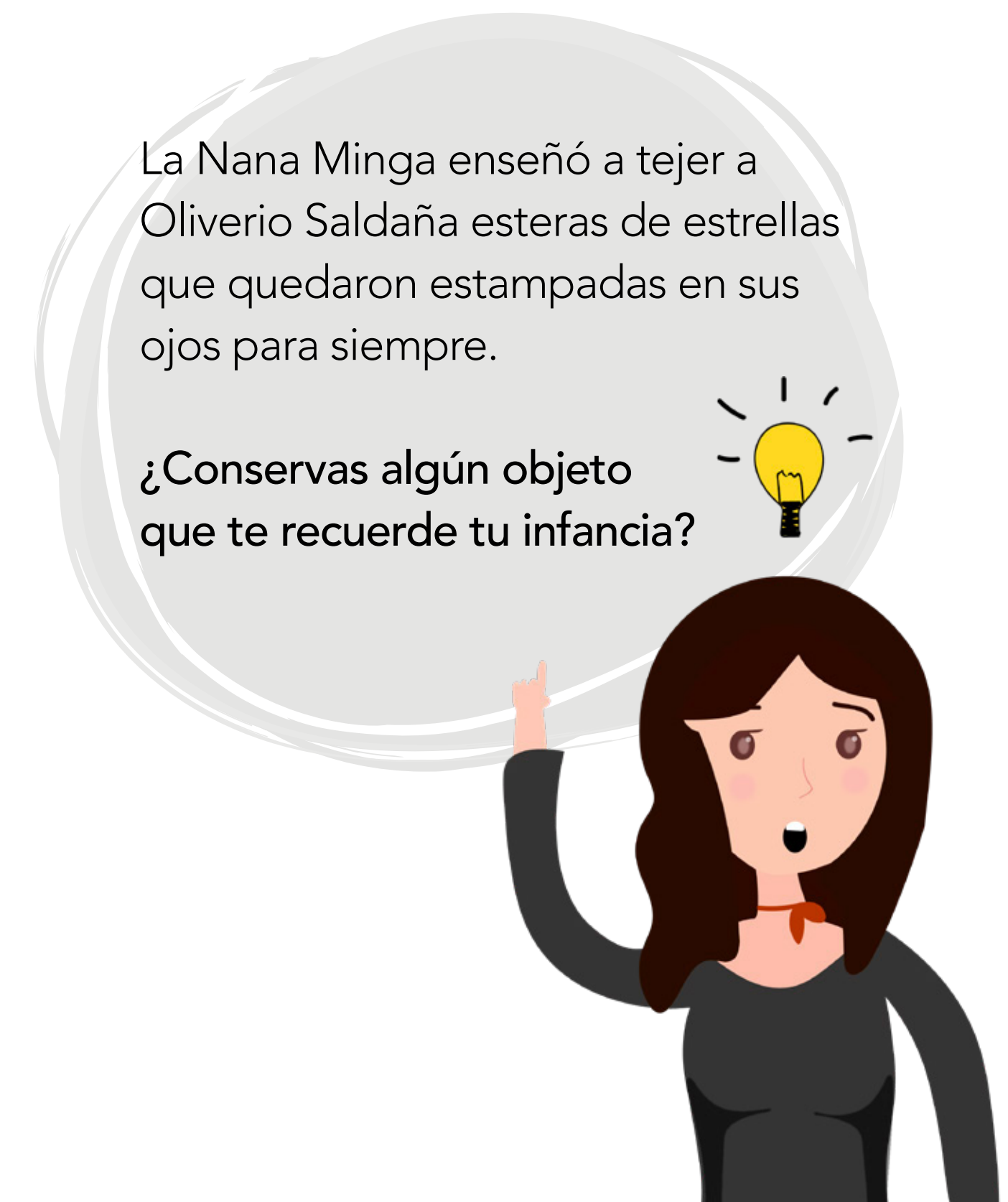
En noches despejadas nos sentábamos a contar los luceros y a ver pasar las estrellas fugaces que de vez en cuando atraviesan el oscuro cielo. Yo le prometí que un día, no sabía cuándo, la tejería.

Una mañana, Minga amaneció muerta en su hamaca y tal vez fue mi primer gran dolor. La Nana, como mis hermanos y yo le decíamos, había sido para nosotros una persona muy importante en nuestras vidas. Siempre recordaré cómo el día de su muerte en el fondo de sus grandes y abiertos ojos pude ver reflejada toda una galaxia de estrellas.

En mi juventud llena de parrandas, viajes y lejanías de mi terruño, fui olvidando la promesa que le hice a la Nana Minga, pero cuando llegaron los años de la vejez llena de canas, volví a mi pueblo a pasar mis últimos años. Me propuse elaborar mi propia estera. No quería de las que vendían en mi pueblo traídas de Chimichagua o Tamalameque, a orillas de Magdalena, la quería tejida por mis propias manos. Con cierta dificultad conseguí, en Honda, una cantidad aceptable de palma rucia que se da en las riberas del río Magdalena y me puse en la tarea de tejerla, a sabiendas de las dificultades y limitaciones de mi edad; ya había perdido toda la práctica de mi niñez. Mis dedos me dolían y no tenían ya la agilidad de la juventud. Apilé, en un cuarto donde guardaba los trebejos, muebles viejos y herramientas, los atados de palmicha y, durante algunos meses, postergué mi propósito llevado por la novedad del retorno a mi pueblo, de las visitas de mis parientes que aún vivían allí y de algunos amigos de mi niñez.

La Nana Minga enseñó a tejer a Oliverio Saldaña esteras de estrellas que quedaron estampadas en sus ojos para siempre.

¿Conservas algún objeto que te recuerde tu infancia?



Diariamente visitaba la tumba de mis padres. Limpiaba sus lápidas y me sentaba en medio del silencio del cementerio a contarles de viva voz la cotidianidad de los acontecimientos de mi terruño. Embebido, observaba la variedad de aves que visitaban el cementerio, que, por su silencio, quietud y la gran cantidad de árboles y palmas que le adornaban, se convertía para ellos un lugar ideal para anidar. Este se había convertido poco a poco en su hábitat natural.

Una mañana que visitaba el cementerio, junto a la caneca grande donde se arrojaba la basura de las flores secas de las tumbas, encontré una pequeña estera, por curiosidad la recogí y la llevé conmigo.

Nació nuevamente en mí la aplazada idea de tejer mi propia estera y, además, tejer una pequeña para mi perro, mi gran y fiel amigo. Aquel día llegué a la casa y, sin espera, saqué la palmicha de su encierro, la desparramé en el patio para sacar su humedad con los fuertes rayos del sol y me propuse firmemente tejer una hilera de trenzado diariamente.

Durante quince días me levanté muy temprano, aplazando muchas veces mi desayuno o mi visita al cementerio, pues el tiempo se me pasaba muy rápido

en mi propósito. Mi comadre, la mamá de mi ahijado Jonny, todas las mañanas antes de ir a su trabajo, me visitaba para saber cómo había amanecido, empezó a burlarse de mí y me decía entre carcajadas:

—Compadre, debería montar una industria de esteras.

Un día terminé mi estera y sin pausa empecé a hacer la pequeña estera para mi perro, la cual terminé en dos sesiones diarias. Terminado mi propósito, esperé el día que lloviera. Cuando cesó el aguacero, metí mis esteras entre el barro, las cubrí con este y las dejé allí durante dos días. Cuando las saqué del fango estaban totalmente negras, así que las lavé para sacar los restos de tierra de sus trenzados y las puse sobre el cemento del patio para que se secaran al sol.

Esperé con ansiedad a que llegara la primera noche totalmente despejada y junto con mi perro me acosté en mi estera en la mitad del patio a tratar de contar las estrellas. La primera noche fue increíble para mi expectante ansiedad, pero en medio de mi tarea me quedé dormido, hasta que me despertó la fría brisa de la media noche. Recogí mi estera y, junto con el perro, me fui a la cama.

Repetí muchas veces esta ceremonia y llegué a obsesionarme tanto con el conteo de estrellas fugaces que empecé a llevar estadísticas comparativas. Ya cada noche duraba más y más tiempo despierto en mi labor observadora y esperaba con ansiedad las noches despejadas para continuar mi conteo. Cuando llegaba la época de invierno en que las noches se nublaban y eran más oscuras, la ansiedad se apoderaba de mí al pensar en el retorno de las noches de verano.

Mi comadre por las mañanas empezó a llamarme la atención, me decía que me veía muy ojeroso y pálido y que los ojos los tenía muy irritados. Siempre me preparaba agua de albahaca para refrescarlos y más de una vez me dijo:

—Compadre, esas estrellas lo van a matar.

Una mañana luego de haber pasado casi toda la noche en vela observando las estrellas, mi comadre golpeó en mi puerta a la hora acostumbrada, pero yo, a causa del traspasado, me había quedado profundamente dormido y no escuché los aldabazos en el portón.

Ella se fue pensando que me había ido temprano para el cementerio y allí fue a buscarme. Al no hallarme, regresó nuevamente a la casa y golpeó más duro y con más empeño. Ante los golpes, mi perro empezó a ladrar y fueron sus ladridos los que lograron sacarme de mis sueños.

Yo, entre dormido y despierto, o como decía mi padre “entre gallos y medianoche”, me levanté casi sonámbulo para abrir la puerta. Cuando la abrí, mi comadre extrañada me dijo:

—Compadre, ¿qué le pasa? hace ya mucho rato que estoy golpeando, ya estaba asustada pensando que le había pasado algo.

Luego, en forma extraña, se quedó mirándome y me dijo con asombro:

—Compadre, ¿está bien? tiene los ojos llenos de estrellas.

EJERCICIOS creativos

A continuación encontrarás tres actividades para ejercitar tu creatividad, elige la que más te guste

ejercicio 1

Las travesuras son parte esencial de nuestra infancia, **narra** la que más recuerdes... y cuéntanos si te descubrieron.

ejercicio 2

Los objetos son una ventana a nuestros recuerdos, pueden evocar personas o momentos muy importantes de nuestra vidas. Cuéntanos la historia de uno que te recuerde tu infancia. **Tómale una foto y compártelo** con el hashtag **#EnMiInfancia**

ejercicio 3

"Más sabe el diablo por viejo...". Así como todos sabemos la manera en que termina este refrán, recordamos canciones, coplas, adivinanzas, rimas, décimas y chanzas. **Cuéntanos** una que hayas aprendido en tu niñez.



CAJA DE HERRAMIENTAS

Aquí encontrarás cuentos y videos que refuercen la semana

Cuento 1

Rojito
Por José Prieto Gutiérrez

HyM1

leer

Cuento 2

El día del juicio final
Por Susan Halliday Osorio

HyM2

leer

Cuento 3

Un poco de fe
Por Neverg Londoño Arias

HyM3

leer

Cuento 4

La corriente infernal
Por José Vicente Rubio Delgado

HyM5

leer

Cuento 5

Oleajes
Por Margarita Patiño

HyM5

leer

Cuento 6

La noche en que Inés
derrotó el miedo
Por Aura Encinales Ardila

HyM6

leer

Cuento 7

Sobre mi infancia
Por Oliva Marmolejo

HyM1

ver

Cuento 8

Mi muñeca negra
Por Margarita Jiménez

HyM3

ver

Cuento 9

El balón de la esperanza
Por Julio César Zapata

HyM6

ver

Cuento 10

Mi infancia
Por Bertilda de Romero

HyM6

ver

CAJA DE HERRAMIENTAS

Aquí encontrarás radiocuentos y relatos sonoros en formato pódcast de participantes de las tres primeras versiones de la Escuela Yo Mayor que te ayudarán a inspirarte. Ponte tus audífonos o súbele el volumen a tu computador.



Podcast 1

Así crecimos

(2020)

[escuchar](#)

Podcast 2

En nuestra infancia

(2021)

[escuchar](#)

Podcast 3

Nuestros juegos
de infancia

(2022)

[escuchar](#)



Radiocuento

Mi infancia en tiempos de la violencia,
de Olivia Marmolejo

[escuchar](#)

Comparte tu historia en redes sociales
con el hashtag

#EnMiInfancia
#RelatosQueConectan

www.yomayor.co



/HistoriasenYoMayor



@hyomayor



@historiasenyomayor



escuela virtual
**HISTORIAS EN
YO MAYOR**

Organizan



En alianza con

EL TIEMPO